despues nos encarcelaron: horroricéme, porque nunca habia estado sepultada en tales tinieblas. ¡Oh dia aciago! (48) hacia excesivo calor á causa de la multitud de gente; los soldados nos empujaban: finalmente, moríame de inquietud por mi hijo. Entonces, los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, lograron con el dinero que nos permitiesen salir, y pasar algunas horas en un sitio mas cómodo de la cárcel. Salimos en efecto; cada cual pensaba en sí propio: yo dí de mamar á mi hijo (49); encargándolo al cuidado de mi madre; infundí ánimo á mi hermano, y consumíame el tormento de ver los dolores que les causaba. En esta angustia pasé varios dias. . . . . .

»Corrió la voz de que debíamos asistir á un interrogatorio. Trasladóse mi padre desde la ciudad á la cárcel lleno de tristeza, y me decia: «¡Hija mia, compadécete de mis canas! ¡compadécete de mí (50)! Si yo soy digno de que me des el nombre de padre, si te he criado yo mismo hasta ahora, si te he preferido á tus hermanos, haz que no caiga sobre mí el oprobio de los hombres. Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa arrogancia por temor de perdernos á todos; porque ninguno de nosotros osará ya abrir los labios, si te sucede alguna desgracia.

»Así se explicaba mi padre enternecido, besándome las manos, arrojándose á mis piés, sollozando, llamándome, no su hija, sino *su señora* (51). Compadecíale al ver que él solo de toda mi familia no se regocijaria de nuestro martirio. Díjele para consolarle. Sucederá en el cadalso lo que á Dios plazca; porque habeis de saber que no dependemos de nosotros si no de su voluntad (52). Retiróse contristado.

»Al dia siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á buscarnos para el interrogatorio. Divulgóse al instante la noticia por los barrios inmediatos, y se agolpó un pueblo numeroso: subimos al tribunal.....

»El procurador Hilarion me dijo: Ten en cuenta la vejez de tu padre; ten presente la infancia de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—No haré tal, respondí.—¿Eres cristiana? me preguntó; y contesté: Cristiana soy (53). Mi padre se esforzaba por sacarme del tribunal; Hilarion ordenó que lo arrojasen de allí, y recibió un golpe de vara: sentílo como si hubiese sido herida yo propia, tanto fue lo que sufrí al ver maltratado á mi padre en su vejez (54). Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia condenándonos á todos á ser expuestos á las fieras. Volvimos gozosos á la cárcel; y como mi hijo se hallaba acostumbrado á estar conmigo, y á alimentarse con la leche de mis pechos, envié al diáconio Pamponio para que lo pidiera á mi padre. Pero este no quiso entregarlo (55); é hizo Dios que el niño no pidiese ya de mamar, y que la leche no me causara incomodidad alguna.

Termina la relacion de Perpetua, en la tercera de las visiones que tuvo en su calabozo.

«Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y al ver tan cercano el dia del espectáculo estaba muy afligida temiendo que difiriesen su martirío, porque estaba prohibido martirizar á las mujeres preñadas antes del término del alumbramiento. Sus compañeros en el sacrificio se mostraban notablemente afligidos por su parte al dejarla sola en el camino de su comun esperanza (56). Tres dias antes del espectáculo se reunieron todos á orar y á llorar por ella. Apenas habian concluido la oracion, comenzáronle los dolores; y como el alumbramiento es naturalmente mas difícil en el octavo mes, su trabajo fue ímprobo, y se quejaba. Uno de los carceleros le dijo: Si te quejas ahora, ¿qué será cuando seas entregada á las fieras (57)? Dió á luz una hija, que crió como propia una mujer cristiana... Los hermanos y los demás lograron permiso para entrar en la cárcel, y refrescar con los encarcelados: el conserje de la prision se habia convertido ya á la fe. La víspera del combate presentáronles, segun costumbre, la última comida, á la que daban el nombre de *cena libre* (58), y que servian en público; pero los mártires la convirtieron en una ágape. Hablaron al pueblo con su acostumbrada firmeza... Miradnos bien los rostros, decian, para que podais conocernos el dia del juicio (59).

»Habiendo llegado el dia del combate, los mártires se dirigieron desde la cárcel al anfiteatro, cual si caminaran al cielo, placenteros, mas bien conmovidos de alegría que de temor. Seguíalos Perpetua con rostro sereno y paso firme, cual una persona amada de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar á los espectadores su viveza (60). Felicidad estaba enagenada al ver que recobrada de su alumbramiento podia combatir con las fieras. Habiendo llegado á la puerta, quisieron obligarles, conforme al uso, á ponerse los adornos de los que se presentaban en aquel espectáculo. Consistian, para los hombres, en un manto rojo, traje de los sacerdotes de Saturno (61); y para las mujeres, un cintillo alrededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatría. . . . . .

»Despojaron de sus vestidos á Perpetua y á Felicidad, y las colocaron en la red para esponerlas á una vaca furiosa. Horrorizóse el pueblo (62) al ver tan delicada á la una, y á la otra recien parida: retiráronlas, y las cubrieron con trajes flotantes. Acometió primero á Perpetua, que cayó de espaldas: incorporóse y al ver que su vestido se habia desgarrado por un lado, recogiólo para cubrirse la pierna, atendiendo mas al pudor que al sufrimiento (63). Volvióse á atar los cabellos sueltos para no parecer de luto, y observando á Felicidad toda magullada, alargóle la mano para ayudarla á levantarse (64). Llegaron así á la puerta Sana-Vivaria, donde recibió á Perpetua un catecúmeno llamado Rústico. Despertó entonces como de un profundo sueño, y mirando en derredor suyo, esclamó: ¿Cuándo nos espondrán á esa vaca? Refiriéronle lo que habia sucedido; y no quiso creerlo hasta que descubrió en su cuerpo y en su vestido las señales de lo que habia sufrido (65). Mandó llamar á su hermano, y dirigiendo la palabra á este y á Rústico, les dijo. Permaneced firmes en la fe, amaos mútuamente, y no os intimiden nuestros sufrimientes. . . . . .

»Pidió el pueblo que las condujeran de nuevo al medio del anfiteatro. Los mártires, despues de haberse dado el ósculo de paz, se dirigieron allí por sí mismos (66). Felicidad cupo en suerte á un gladiador poco diestro, que la hirió en los huesos, obligándola á lanzar un grito; porque la ejecucion de los moribundos arrojados á las fieras servia de aprendizaje á los gladiadores nuevos. Perpetua aplicó por sí propia la vacilante mano del verdugo á su garganta (67).»

En la misma Cartago, que reunia á estas tantas otras memorias, llevóse Cipriano la palma debida á su elocuencia y á su fe; cortaron la cabeza á este primer Fenelon, que se vendó él mismo los ojos: atáronle las manos, Julian sacerdote y Julian diácono, sus neófitos tendieron pañuelos para recibir su sangre.

Mucho tiempo antes Policarpo, que gobernaba la Iglesia de Esmirna hacia ya setenta años y habia sido nombrado por el apóstol Juan, verificó su entrada por órden del cónsul, caballero sobre un asno en su ciudad episcopal, como Cristo en Jerusalen. El pueblo gritaba: «Ese es el doctor de Asia; el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses: arrojad un leon contra Policarpo.» Esto no fue posible, porque se habian concluido los combates de las fieras. Entonces volvió á clamar el pueblo á una voz, «Que Policarpo sea quemado vivo.»

Preparada la hoguera, quitóse Policarpo el ceñidor y se despojó de sus vestidos. Querian clavarle en la hoguera como á su Señor en la cruz, y manifestó que esta precaucion era inútil, porque permaneceria firme. Atáronle, pues, sencillamente, y parecia un cordero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios (68). El anciano miró al cielo y exclamó: «¡Gracias te doy, Dios de todas las criaturas! Cábeme parte del cáliz de la pasion de tu Cristo, para resucitar á la vida eterna. Bendígote, glorifícote por el pontífice Jesucristo, tu muy amado hijo, á quien gloria sea tributada, á tí y al Espíritu Santo en los siglos futuros. Amen (69).»

Cuando acabó de hablar prendieron fuego á la hoguera: desplegáronse las llamas alrededor de la cabeza del mártir, cual la vela de un bajel hinchada por el viento (70). Refieren sus actas que se parecia al oro ó á la plata probada en un crisol (71), y que exhalaba un olor de incienso ó de un perfume vital (72). El verdugo encargado de rematar las fieras moribundas, hirió á Policarpo, y salió tanta sangre de las venas del anciano, que apagó el fuego (73).

Pothin, obispo de Lion, anciano de mas de noventa años, débil y enfermizo, fue derribado, hollado, arrastrado por la arena, y arrojado de nuevo á la cárcel, donde entregó el alma. Sus compañeros en los tormentos parecian en medio del suplicio curarse una llaga con otra llaga nueva: los ejecutores atormentándoles, no tanto aparecian verdugos que abren heridas, como cirujanos que las cierran; tanta era la alegría de los confesores. Muchos de ellos escribieron en griego la relacion de su martirio, desde el fondo de los calabozos donde los sepultaron de nuevo antes de darles la muerte. La carta tenia este sobrescrito: *Los siervos de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon de Galia, á los hermanos del Asia y de Frigia, que profesan la misma fe y tienen la misma esperanza en la redencion: Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor* (74).

No os hablaré del martirio de las seducciones, empleado despues de la inutilidad de las amenazas y de los dolores: dignidades, honores, fortuna, y hasta voluptuosidad que hermosas cortesanas procuraban encender, fueron tan inútiles como los leones y el fuego.

La sangre es poderosa: estas generaciones del siglo heróico cristiano, que subyugaron las clases industriosas, produjeron las generaciones del siglo filosófico del Cristianismo, que conquistaron á su vez á los hombres de talento. Este siglo filosófico no está separado bruscamente del siglo heróico; tiene su orígen en este. Sus primeros ingenios enseñan y mueren en el cadalso; pero su doctrina reinó y triunfó en sus sucesores, despues que pasó la era de los confesores. El Cristianismo filosófico no destruyó tampoco el Cristianismo heróico, pero se verificaron los sacrificios de otra manera en los combates contra los heresiarcas, ó bajo el hierro de los Bárbaros.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO FILOSÓFICO.—HEREJIAS.

En esta segunda edad del Cristianismo, la grandeza de las costumbres públicas y la sublimidad intelectual sustituyen á la virtud de las costumbres privadas, y á la belleza moral evangélica. Ya no es la Iglesia militante, esclava, democrática en los calabozos y en la sangre; sino la Iglesia triunfante, libre, real, en la tribuna y en la púrpura. Suceden los doctores á los mártires: estos no habian tenido sino su fe, aquellos tienen su fe y su talento. La parte selecta del mundo pagano, que no habia cedido ni á la sencillez apostólica ni á la autoridad de las hogueras, escucha, se llena de admiracion, y pronto cede, hallando en la boca de los padres los sistemas de los sabios, explicados con mas claridad y elocuencia.

Las altas escuelas cristianas se parecian á las escuelas filosóficas, y las cátedras contaban una serie no interrumpida de profesores como en Atenas. A Taciano siguió Rodon, y Máximo, sucesor de Rodon, examinó la cuestion del orígen del mal, y de la eternidad de la materia (1). Clemente de Alejandría, que reemplazó á Panteno, habíase alimentado con las obras de Platon: cita en sus *Stromatas*, los maestros con quienes habia estudiado, y que residian uno en Grecia, otro en Italia y dos en Oriente. «Mi maestro de Palestina, dice, era una abeja que libando el zumo de las flores de la palabra apostólica y profética, dejaba en el espíritu de sus oyentes un tesoro suave é inmortal.»

En su tratado del verdadero *Gnóstico*, (el que conoce) pinta Clemente el retrato del sabio mismo de los filósofos. «El gnóstico no vive ya sujeto á las pasiones, nada le enfada en esta vida, porque ha recibido la luz inaccesible: no hace salir su cuerpo voluntariamente de la vida, porque Dios se lo prohibe; pero aparta su alma de las pasiones (2). El gnóstico se aprovecha de todos los conocimientos humanos (3). Temer la filosofía de los paganos es una debilidad; muy frágil seria la fe que aquella conmoviera (4). El gnóstico hace uso de la música para ordenar las costumbres, vive libre, ó si es casado y tiene hijos, mira á su esposa como á su hermana, puesto que esta esposa no será ya para él sino una hermana cuando esten en el cielo. Los sacrificios agradables á Dios, son las virtudes y la humildad, con la sabiduría.»

La fama de Orígenes se habia difundido por todo el mundo romano, y los Politeistas mismos admiraban al doctor cristiano. Habiendo entrado un dia en la escuela de Plotino, en el momento en que este explicaba sus lecciones, Plotino se ruborizó, interrumpió su discurso, y no le continuó sino á ruegos de su ilustre oyente, de quien hizo un pomposo elogio al volver á tomar la palabra (5).

Plotino, fundador del neoplatonismo, no era empero su inventor: éralo Ammonio-Saccas, que habia enseñado misteriosamente su doctrina á Plotino y á Orígenes; este último faltó al secreto.

Estos padres de la Iglesia, salidos la mayor parte de las escuelas filosóficas, y oriundos de familias paganas, fueron no solo profesores elocuentes sino tambien hombres políticos; entonces brillaron aquellos obispos que arrostraban frente á frente el poder de los emperadores y la brutalidad de los reyes bárbaros. Atanasio peleó contra los Arrianos: citado al concilio de Tiro y depuesto en el de Jerusalen, fue desterrado á Tréveris por Constantino. Regresa: los pueblos corren á verle pasar, y entra en triunfo en su ciudad episcopal. Noventa obispos arrianos, á cuya cabeza se hallaba Eusebio de Nicomedia, le condenaron de nuevo en Antioquía: cien obispos ortodojos le declararon inocente en Alejandría, y el papa Julio confirmó esta sentencia en Roma. El prelado volvió á sentarse en su silla, y le arrojaron de ella por órden de Constancio, que mandó ejecutar los decretos arrianos de los concilios de Arlés y de Milan. Atanasio celebraba una fiesta solemne en la iglesia de San Theon en Alejandría; cuando cantaba el salmo del triunfo de Israél sobre Faraon, y el pueblo respondia al fin de cada versículo: «la misericordia del Señor es eterna,» los soldados derribaron las puertas: el pueblo huyó, y Atanasio permaneció en el altar rodeado de sacerdotes y de frailes, que le libertaron de la pesquisa de los soldados. Refugióse á los sitios mas apartados de Egipto, y los religiosos que le albergaron se vieron inquietados: este genio entusiasta se abismó aun mas en la soledad, como un acero ardiente en la vaina. Un criado que le quedaba iba todos los dias con peligro de la vida á buscar el alimento de su amo. ¿Qué

hace Atanasio en los desiertos? Escribe: los sepulcros de los príncipes de Tanis, los pozos en que duermen las momias de los perseguidores de Moisés, son las bibliotecas del solitario viviente; allí es donde escribió las páginas que desde el fondo del desierto conmueven las pasiones del mundo. A la muerte de Constancio, Anastasio vuelve á aparecer en medio de su pueblo; Juliano le obliga á regresar á la Tebaida, y aun vuelve cuando Juliano ha pasado. Valente le proscribe, y se oculta en el sepulcro de su padre. Finalmente, sale por última vez de las sombras, y cual torrente calmado acaba pacíficamente su curso. De los cuarenta y seis años que duró el episcopado de Atanasio, habia pasado veinte en el desierto.

Gregorio Nazianceno, nombrado obispo ortodojo de Constantinopla, de la que primero fue tan solo misionero, tuvo que sufrir los ultrajes de los Arrianos; y Teodosio, que le habia entronizado á mano armada, le abandonó; Gregorio, obligado á alejarse de la iglesia que habia creado y amado tanto, le dirigió aquella patética despedida que ha llegado hasta nosotros. Pasó el fin de sus dias en su retiro de Capadocia, cantando (porque era poeta), la inconstancia de las amistades humanas, la fidelidad del trato con Dios, y la hermosura que hace olvidar todas las demás, la de la virtud.

Basilio, arzobispo de Cesárea, mereció el sobrenombre de Grande. Dictó reglas en Oriente á la vida cenobita; hay mas de trescientas cincuenta cartas suyas, homilías, y un panegírico de los cuarenta mártires. Estas obras nos enseñan infinitas cosas: están escritas en un estilo muy elevado, porque San Basilio es quizá, con San Efren, uno de los padres que mas se alejan del genio antiguo, y se acercan al genio moderno. Sobresale en las descripciones de la naturaleza: no citaré, porque es harto conocida, su carta á Gregorio Nazianceno sobre el sitio solitario que el mismo Basilio habia escogido en el Ponto (6): sus nueve homilías sobre el *Hexaemeron* ó la obra de los seis dias, son una especie de curso de historia natural; predicábalas en la cuaresma por mañana y tarde, y cuando tomaba de nuevo la palabra referia á sus oyentes lo que habia dicho la víspera. La física del *Hexaemeron* es defectuosa, pero sus detalles son encantadores. El orador procura deducir de la historia de las plantas y de los animales las instrucciones de la moral. Un dia hablando de los reptiles y de los cuadrúpedos, pasaba en silencio las aves (7): al punto la rústica asamblea le indicó su olvido por señas. El naturalista cristiano, candorosamente interrumpido, reconoció su error: varió de asunto, y describió el instinto de que las aves con un acierto extraordinario, y aun sacó un ejemplo religioso de una equivocacion: segun su opinion, hay aves castas que se reproducen sin unirse, y de ahí la virginidad de María (8).

Valente intentó obligar á Basilio á que abrazase el arrianismo, y le envió á Modesto, prefecto de Oriente, con órden de aterrarle por medio de amenazas. Modesto se admiró de la firmeza de Basilio. «Sin duda alguna, le dijo el santo, nunca habeis tratado á ningun obispo.» Despues de muerto logró Basilio tanta fama, que procuraban imitarle hasta en sus defectos: afectaban su palidez, su barba, su porte, su hablar mesurado, porque era pensativo y recogido. Vestíanse á su semejanza, se acostaban á su modo, y se alimentaban de las cosas que preferia para su sustento. Este obispo universal fundó los primeros hospitales de Asia.

Flaviano y Juan Crisóstomo se mezclaron aun mas que Basilio en la política. En la sedicion de Antioquía, Crisóstomo, que era entonces simple sacerdote, sembró consuelos con sus discursos; y Flaviano, á pesar de su edad avanzada, partió á Constantinopla. Cuando hubo llegado al palacio del emperador y fue introducido en los salones, se mantuvo en pié sin hablar, bajando la cabeza y ocultando el rostro cual si solo él hubiera sido culpable del crímen de su pueblo. Teodosio se acercó y le echó en cara la ingratitud de los vecinos de Antioquía. Entonces el obispo prorumpiendo en lágrimas, dijo: «Podeis en esta ocasion adornar vuestra cabeza con una diadema mas brillante que la que llevais. Han derribado vuestras estátuas; levantad otras mas preciosas en el corazon de vuestros súbditos.

«¡Qué gloria para vos cuando digan algun dia: una ciudad populosa era culpable; gobernadores y jueces, aterrados, no osaban abrir los labios: presentóse un anciano y conmovió al príncipe! No vengo solamente de parte del pueblo; vengo de parte de Dios á declararos que si perdonais á los hombres sus errores, vuestro padre celestial os perdonará vuestros pecados. Otros os presentarán oro, plata, regalos; yo no os ofrezco mas que las leyes santas, exhortándoos á imitar á nuestro Señor, que nos colma de bienes, aunque le ofendamos diariamente. No defraudeis mis esperanzas: si perdonais á mi ciudad, regresaré lleno de alegría; si la condenais, no volveré á entrar en ella.»

Al oir Teodosio este discurso, exclamó: «¿seremos implacables para con los hombres, nosotros que solo somos hombres, cuando el Señor de los hombres oró en la cruz por sus verdugos (9)?» El Cristianismo era al mismo tiempo un principio y un modelo: no es posible formarse una idea de cuán saludable ha sido para la humanidad este ejemplo del perdon de Cristo, recordado innecesariamente durante los siglos de barbarie y de despotismo.

San Crisóstomo habia practicado durante cuatro años la vida ascética en las montañas; pasó dos años enteros en una cueva sin acostarse, y casi sin dormir, y se habia fugado porque pensaron en nombrarle obispo. Si en la edad heróica cristiana, cuando se trataba de subir el primero al martirio, no era el episcopado una carga ligera, esta misma carga no fue menos pesada en la edad filosófica del Cristianismo; necesitábanse el don de la palabra, la instruccion del literato, la destreza del hombre de Estado y la firmeza del hombre de bien. Mas tarde, cuando ocurrió la invasion de los Bárbaros, todas las tribulaciones de los tiempos caian á la vez sobre los prelados. Juan Boca-de-oro, nombrado obispo de Constantinopla, corrigió al clero, gobernó con sus consejos las iglesias de la Trácia y del Asia, y resistió á las acometidas del godo Gainaz. Veíase algunas veces obligado á retirarse del altar porque sentia su ánimo harto agitado para ofrecer el sacrificio. Conspiraron contra él; acusáronle de orgullo, de injusticia, de violencia, de amor á las mujeres; á fin de justificarse de la última debilidad ofreció mostrar el estado á que le habian reducido las austeridades de su juventud. Condenado en el concilio de Chenez, desterrado de Constantinopla, y vuelto á llamar poco despues, se atrevió á arrostrar el poder de Eudoxia, que juró su muerte. Entonces fue cuando pronunció el famoso discurso en que decia: «Herodiades está todavía furiosa, aun baila, y pide aun la cabeza de Juan.» Crisóstomo, precipitado como Demóstenes de la tribuna cuya gloria era, arrebatado del altar en que habia dado un asilo á Eutropa, recibió la órden de salir de Constantinopla, y dijo á los obispos amigos suyos: «venid, oremos: despidámonos del ángel de esa iglesia.» Despues añadió á las diaconisas: mi fin se acerca, no volvereis á ver ya mi rostro»: bajó por un camino secreto á la orilla del Bósforo, para evitar la vista de la muchedumbre, y habiéndose embarcado pasó á Bitinia. Desterrado á Cuensa, los pueblos, los frailes y las vírgenes corrian á su encuentro, gritando: «mas valdria que el sol perdiese sus rayos que Boca-de-oro la palabra.»

A pesar de hallarse desterrado, temíanle sus enemigos, y solicitaron que se le enviase á un destierro mas

remoto; notificóse pues al consefor que se trasladase á Petiónto, en las orrillas del Ponto-Euximo. El viaje duró tres meses: los dos soldados que conducian á Crisóstomo le obligaban á caminar expuesto á la lluvia ó á los ardores del sol, porque estaba calvo. Cuando hubieron pasado de Comama, se detuvieron en una iglesia dedicada á San Basilio martir. El santo se sintió enfermo; mudóse el traje, se vistió de blanco, comulgo (estaba en ayunas) distribuyó á los asistentes lo que le quedaba, pronunció estas palabras que tenia por lo comun en los labios! «¡Alabado sea Dios por todo!» y despues, alargando los piés pronunció el último amen (10).

Nada puede haber mas completo ni perfecto que la vida de los prelados de los siglos IV y V. El obispo bautizaba, confesaba, predicaba, ordenaba penitencias privadas ó públicas, lanzaba anatemas ó levantaba excomuniones, visitaba á los enfermos, asistia á los moribundos, enterraba á los muertos, redimia á los cautivos, alimentaba á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, fundaba hospicios y enfermerías, administraba los bienes de su clero, resolvia como juez de paz las causas particulares, ó decidia las diferencias entre las ciudades: publicaba al propio tiempo tratados de moral, de disciplina y de teología, escribia contra los heresiarcas y los filósofos, se ocupaba de ciencias y de hisioria, dictaba cartas para las personas que le consultaban en ambas religiones, mantenia correspondencia con los obispos y las iglesias, con los frailes y los ermitaños, asistia á los concilios y á los sinodos: llamábanle los emperadores á su consejo, encargábanle negociaciones, enviábanle á los usurpadores ó á los príncipes bárbaros para desarmarlos ó contenerles: de suerte que los tres poderes religioso, político y filosófico, se habian concentrado en el obispo. San Ambrosio va de embajador cerca de Máximo, hace salir á Teodosio del santuario, reclama las cenizas de Graciano, no logra salvar á Valentiniano II, y se niega á comunicar con Eugenio: en medio de estas ocupaciones tan importantes, compuso todas las obras suyas que han llegado hasta nosotros, introdujo la música en las iglesias del Occidente, y dejó cánticos tan famosos que en los siglos siguientes la palabra *Himno*, y la palabra Ambrosiano, fueron sinónimas.

Los trabajos de San Ambrosio no exceden á los de San Agustin: noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, sin contar sus cartas, testifican la fecundidad y variedad del ingenio del hijo de Mónica. «Si pudiera, dice en una carta dirigida á Marcelino, daros cuenta de mi tiempo, y de las obras en que me veo obligado á poner mano, os sorprendería y afligiría la multitud de negocios que me abruman. . . . .

. . . . . .

Cuando encuentro algun descanso por parte de los que recurren á mí, no me faltan otros trabajos: siempre tengo que dictar papeles que me priban de seguir las obras que son mas de mi gusto, en los cortos intérvalos de reposo que me dejan las necesidades ó las pasiones de los demás (11).» Agustin escribe contra los Donatistas; estos quieren quitarle la vida; interceden por ellos, tiene una desavenencia con San Gerónimo: ocúpase de las sentencias de árbitros, y recibe á los fugitivos despues del saqueo de Roma. Su amistad y sus relaciones con el conde Bonifacio son célebres: la carta que escribió á aquel hombre ofendido, para promover en él de nuevo el amor á la patria, le honra sobre manera. «Juzgad por vos mismo: si el imperio romano os ha ocasionado bienes, no le volvais mal por bien; si os ha ocasionado males, no le volvais mal por mal.» Agustin vestia con suma limpieza, pero con sencillez. «Mi vestido, decia, debe ser tal que pueda darlo á mis hermanos si lo necesitan; pero debe tambien por su modestia acomodarse á mi profesion, á mi cuerpo encorvado por la vejez, y á mis cabellos blancos (12).» Iba calzado, y decia á los que llevaban los piés desnudos: «admiro nuestro valor: tolerad mi debilidad.» Ninguna mujer entraba en su casa, ni aun su hermana: si se veia absolutamente precisado á comunicar con mujeres no les hablaba sino en presencia de un sacerdote, porque se acordaba de su caida. Murió en Hippona, cuando estaba sitiaba, sin hacer testamento; porque en su extremada pobreza nada tenia que dejar á nadie.

San Gerónimo es otra figura gigantesca de aquellos tiempos; pero de naturaleza muy distinta, borrascoso, apasionado, solitario, echando menos el mundo en el desierto, y el desierto en el mundo; es un viajero que busca por todas partes un abrigo, y que se sobrecarga de trabajos del mismo modo que se cubre de arena para ahogar lo que no es posible ahogar: marinero náufrago, peregrino salvaje y desnudo, que lleva su dolor al lugar de los dolores del Hijo del hombre, y que conservado bajo el peso de los años, apenas puede mantenerse al pie de la cruz.

Agustin y Gerónimo pertenecen á los tiempos modernos: reconócese en ellos un órden de ideas, una manera de sentir que ignoraba la antigüedad. El cristianismo hizo vibrar en aquellos corazones una cuerda muda hasta entonces; creó hombres de ensueños, de tristeza, de disgusto, de inquietud, y de pasion, que solo encuentran un refugio en la eternidad.

El clero regular formaba una parte considerable de la organizacion cristiana: en el mundo romano civilizado, los frailes eran hombres de la naturaleza, como fueron hombres de la civilizacion en el mundo bárbaro. Distinguíanse tres clases de religiosos: los reclusos encerrados en sus celdas, los anacoretas dispersos por los desiertos, y los cenobitas que vivian en comunidad. Las reglas de algunas órdenes monásticas eran obras maestras de legislacion. Tres causas generales poblaron los claustros: la religion, la filosofía y la desgracia: separándose de la sociedad cuando esta hubo perdido el poder de proteger. Los conventos se convirtieron por esta misma razon en un plantel de hombres de talento y de independencia.

La ocupacion manual de los cenovitas era fabricar cuerdas, cestas, esteras y papel: tambien copiaban libros (13) trabajos de los que San Efren se complace en deducir lecciones.

Pablo ermitaño, Antonio, Pacomio, Hilario, Mecario y Simon Estilita, son personajes desconocidos del helenismo; sus vestidos, sus palmeras, sus fuentes, sus cuervos, sus leones, sus montañas, sus grutas sus antiguas tumbas, las ruinas en que los demonios los tentaban, y las columnas que les elevaban á otra soledad en los aires, pertenecen al dominio de la imaginacion oriental cristiana.

Los ascetas erraban en silencio por el Sinai cual las sombras del pueblo de Dios. Estos aspirantes al cielo ejercian gran poder sobre la tierra: los emperadores enviaban á consultarlos. Constantino dirigió una carta á San Antonio llamándole padre, y San Antonio reunió á sus frailes y les dijo: «no os admire el que un emperador nos escriba, porque no es mas que un hombre; pero debe pasmaros el que Dios haya escrito una ley para los hombres (14).» Antonio se negaba á dar respuesta alguna; sus discípulos le apremiaban, y al fin escribió á Constantino y á sus hijos: «Despreciad el mundo, pensad en el juicio final, acordaos de que Jesucristo es el único rey verdadero y eterno, y practicad la humanidad y la justicia (15).»

Es la sedicion de Antioquía los frailes bajaron de sus montañas, y se establecieron en las puertas del palacio implorando la gracia de los culpables. Uno de ellos, Macedonio, por sobre nombre Cristóphago, encontró en la ciudad á dos comisarios del emperador; asió al uno del manto y ordenó á ambos que se apeasen; la osadía de este viejo de corta estatura y cubierto de harapos, indignó á los comisarios; mas habiendo sabido quien era, le abrazaron las rodillas. «Am-

gos, gritó el ermitaño, interceded por la vida de los culpables; decid al emperador que sus súbditos son hombres criados tambien á semejanza de Dios; que si se irrita por unas estátuas de bronce, una imágen viva y dotada de razon, es muy preferible á tales estátuas. Cuando estas son destruidas, pueden hacerse otras: pero ¿quién dará un solo cabello al hombre á quien se ha dado muerte (16)?» Así renacian la libertad y la dignidad del hombre por medio del Cristianismo: aquellos ermitaños, estenuados con los ayunos, encontraban en la independencia y en el menosprecio de la vida, los derechos que la sociedad habia perdido en el seno del lujo y de la esclavitud.

No economizaban las lecciones á los emperadores. Lucifer de Cagliari apostrofa á Constancio con motivo de Atanasio: «si hubieras caido en manos de Matatias y de Finez, te hubieran traspasado con la espada: ¡y yo te injurio porque hiero con mis palabras tu espíritu empapado en sangre cristiana! ¿Por qué no te vengas de un mendigo? ¿Debemos respetar acaso tu diadema, tus pendientes, tus brazaletes y tu rico vestido con menosprecio del Criador? Me acusas de que te ultrajo: ¿á quién te quejarás? ¿á Dios á quien tú no conoces? ¡A tí mismo, hombre mortal, que nada puedes contra los siervos de Dios! Si nos haces morir, pasaremos á una vida mejor. Te debemos obediencia pero tan solo para practicar las obras buenas, no para las malas, ni para condenar á un inocente (17).»

ALLI SE HA SEPULTADO VIVO ENTRE LAS ROCAS UN CIUDADANO ROMANO.

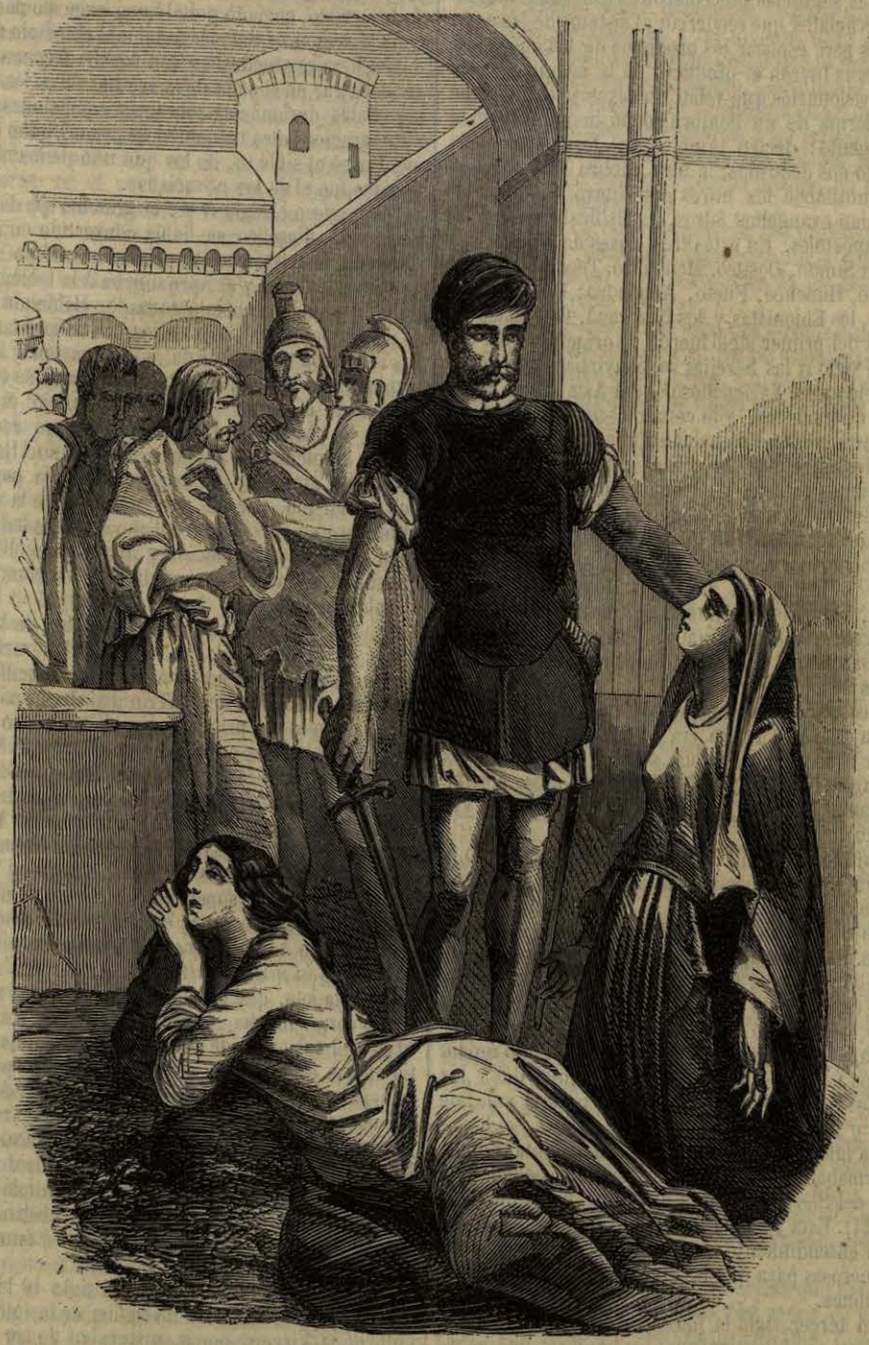
Lucifer era legado del papa Liberio: ya se ve despuntar el espíritu vehemente y domirador del futuro Gregorio VII.

Habíanse introducido vicios al través de las virtudes: las pasiones secretas se alimentaban en el silencio del retiro, y las pasiones públicas nacian entre el estruendo del mundo. San Gerónimo Nazianceno, San Crisóstomo, San Gerónimo, San Agustin, Salirano y otros muchos padres, se quejan de la ambicion de los prelados, de la avaricia de los sacerdotes, y de las costumbres de los frailes. Ya se han visto ejemplos que vienen en apoyo de tales acusaciones, y he recordado leyes que se oponian á las usurpaciones, del clero; porque, el hombre ya sea que triunfe por las vistudes ó por las armas, se corrompe con la victoria. Donde principalmente se verificaron los mayores desórdenes fue en las sectas separadas de la union de la Iglesia; las herejias fueron para el Cristianismo lo que los sistemas filosóficos para el paganismo; con la diferencia de que los sistemas filosóficos eran las verdades del culto pagano, y las herejías los errores de la religion cristiana.

Las heregías salian casi todas de las escuelas de la sabiduría humana. La filosofía de los hebreos, de los Persas, de los Indios, de los Egipcios y de los Griegos, se habian encontrado en Asia bajo la dominacion romana; de este foco, producido por la chispa evangélica, surgió una multitud de heregías, tan diferentes como semejantes eran las costumbres de los heresiarcas. Podríase formar un catálogo de los sistemas filosóficos, y colocar al lado de cada sistema la herejía que le corresponde. Tertuliano lo habia reconocido. «La filosofía, dice, que intenta temerariamente sondear la naturaleza de la divinidad y de sus decretos, ha inspirado todas las herejías. De aquí provienen los *Eonos*, y no sé qué formas extrañas, y la trinidad humana de Valentin, que habia sido platónico: de aquí el dios humano é indolente de Marcion, salido de los Estóicos: los Epicúreos enseñan que el alma es mortal. Todas las escuelas de filosofía están acordes en

negar la resurreccion de los cuerpos. La doctrina que confunde la materia con Dios es la doctrina de Zenon. ¿Se habla de un dios de fuego? Siguen á Heráclito. Los filósofos y los herejes tratan los mismos asuntos, y se enredan en las mismas cuestiones. ¿De dónde proviene el mal y por qué existe? ¿De dónde proviene el hombre y cómo? y lo que poco despues propuso Valentin: ¿cuál es el principio de Dios? Si le prestamos oidos es el pensamiento un aborto (18).»

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando en los Simonianos y concluyendo en los Pelagianos, y confiesa que no las conocia todas. Como el entendimiento no hace con frecuencia mas que repetirse, no será inútil advertir que la pala-



MARTIRIO DE SANTA FELICIDAD Y SANTA PERPETUA.

bra *herejía* significa *eleccion*, y esto mismo quiere decir la voz eclecticismo que tan en boga está en el dia; el eclecticismo es la herejía de las herejías, ó la eleccion de las elecciones filosóficas.

De este modo en el momento de la destruccion del imperio romano en Occidente, el Cristianismo marchaba con doce persecuciones generales (19); las persecuciones de Neron, de Domiciano, de Trajano, de Marco-Aurelio, de Severo, de Maximino, de Decio, de Valeriano, de Aureliano, de Diocleciano, de Constancio (persecucion arriana) y de Juliano: con tres cismas de la Iglesia romana, los cismas de los antipa-

pas Novaciano, Ursiano y Eulalio, y con mas de cien herejías. Debe entenderse por cisma (lo que entonces se entendia) el disentimiento por lo que mira á las personas, y por herejía las diferencias en las doctrinas.

Las herejías del primer siglo fueron de tres clases: pertenecian las primeras á algunos impostores, que pretendian ser el verdadero Mesías, ó por lo menos una inteligencia divina que poseia la virtud de los milagros; las segundas procedieron de esos entendimientos superficiales que recurrian al sistema de las emanaciones para esplicar los prodigios de los apóstoles: las terceras fueron el producto de la imaginacion de ciertos visionarios que veian en Jesucristo un genio bajo la forma de un hombre, ó un hombre dirigido por un genio: decian tambien que Jesucristo habia enseñado dos doctrinas, la una pública y la otra secreta; mutilaban los libros del Nuevo Testamento, componian evangelios falsos, y falsificaban epístolas de los apóstoles. En estas tres clases de herejes sobresalen Simon, Dositeo, Menandro, Teodoto, Gorteo, Cleóbulo, Himeneo, Fileto, Alejandro, Hermógenes, Cerinto, los Ebionistas y los Nazareno. Casi todas las herejías del primer siglo fueron de orígen judío.

En el siglo II las herejías se convirtieron en griegas y orientales. Varios filósofos del Asia habian abrazado el cristianismo, y le comunicaron las ideas especulativas con que se habian alimentado: la doctrina de los dos principios, la creencia de los genios, las emanaciones caldeas, y en una palabra todo lo abstracto del Oriente, modificado por la filosofía griega, amasada y reamasada en la escuela de Alejandría. Hubo tambien reformadores del Cristianismo, que á su parecer se hallaba ya alterado: Montano, Praxeas, Marcio, Saturnino, Hermias, Artemas, Basílides, Hermógenes, Apeles, Caliano, Heráclco, Cerdon, Severo, Bardesano y Valentin fueron los herejes mas célebres de aquella época.

Praxeas, que pertenecia á la herejía de Montan sostenia que Dios Padre era el mismo Jesucristo, y que por consecuencia habia sufrido. Los discípulos de Praxeas fueron llamados *Patropasianos*, porque atribuian al Padre lo mismo que al Hijo la pasion y la cruz (20).

Valentino, siguiendo al espíritu griego que todo lo personificaba, trasformaba los *nombres en personas*: los siglos que en la Escritura se llaman Eonos ó Aionos, se convertian en seres que cada uno tenia su nombre. El primero, Eono se llamaba *Proono*, preexistente, ó *Bithos*, profundizador, habia vivido largo tiempo desconocido con *Ennoia*, el pensamiento, ó *Charis*, la gracia, ó *Sige*, el silencio. *Bithos* engendró con *Sige* á *Nous* ó la inteligencia, su hijo único. *Nous* fue padre de todas las cosas: *Nous* dió á luz otros dos Eonos, *Logos y Zoe*, el verbo y la vida: de *Logos y Zoe* nacieron *Athropos* y *Eclesia*, el hombre y la iglesia. En fin, despues de treinta Eonos, que formaban el *Pleroma*, ó la plenitud, hallábase la virtud del *Pleroma*, *Horos* ó *Stauros*, el término ó la cruz (21). Esta teologia se estendia mucho mas lejos; pero el entendimiento humano tiene locuras demasiado numerosas para que las sigamos en todas sus modificaciones.

En el tercer siglo la filosofía griega continuó sus plagios sobre el Cristianismo: los hombres que pasaban sin cesar de las escuelas de Atenas y de Alejandría á la religion evangélica, procuraban hacer á esta *natural*, es decir, que se esforzaban en esplicar los misterios, con objeto de responder á las objeciones de los paganos. Esta falta vergonzosa del entendimiento produjo los errores de Sabelio, de Noet, de Hierax, de Berylle y de Pablo de Samosata, contándose tambien las de los Ofitos, de los Cainitos, de los Setianos y de los Melquisedecianos.

Manes, cuya herejía principió hácia el año 277, era un esclavo llamado Curbico, por sobre nombre Manes, lo cual significaba en persa el *arte de la palabra*, en la que pretendia descollar Manes. Tuvo por discípulo á Tomas, y trajo de la Persia la antigua doctrina de los dos principios: el buen principio es la luz, el mal principio las tinieblas. El mundo era la invasion del mal principio, ó del principio tenebroso, en el principio bueno ó luminoso. Manes infiltraba su doctrina en el Cristianismo por la historia de la tentacion del hombre, obra de Satanás y por la mision de Jesucristo, enviado por el buen principo para destruir la accion de Satanás ó del mal principio (22).

Los herejes procuraban con mucha frecuencia volver á entrar en el seno de la Iglesia; no se les negaba pero habia desidencias sobre las condiciones de su reintegracion: otro manantial de cismas hubo que lamentar en el siglo III, de los que uno de los mas conocidos fue el de los novacianos.

Distínguese el siglo IV por la gran herejía de Arrio. El mundo filosófico se habia convertido en aquella época en neoplatónico; el neoplatonismo no hallaba ya contradictores, y se aproximaba á la teología cristiana, á la cual se habia asemejado. Habiendo pasado el poder político al lado de los cristianos, las herejías afectaron el carácter de la dominacion y las costumbres del palacio; intentaron reinar y se encumbraron en efecto al sólio con Constancio; pero sirvieron de escalon al paganismo para que recobrara por un momento la púrpura con Juliano. Habiendo dividido Constancio la doctrina ortodoja por medio del arrianismo, pareció muy natural que la religion se mudase en el reino de Juliano como se habia mudado en el de Constancio, y que el uno obligase á sus súbditos á adoptar su cumunion, así como el otro lo habia hecho.

Sabelio habia establecido la distincion de las Personas de la Trinidad; Marcio y Cerdon reconocian tres sustancias increadas: Arrio quiso conciliar estas opiniones haciendo de la Trinidad tres sustancias; pero sentando por principio que el Padre solo era increado, venia á ser el Verbo una criatura, y Macedonio negó despues la divinidad del Espíritu Santo, La palabra *consustancial* se inventó para separar las sutilezas de los arrianos; palabra latina que no traducia exactamente la famosa palabra griega *Homoousios*, empleada por los padres de Nicea. Eusebio y Teognis se valieron de una superchería al suscribir el símbolo (23): introdujeron una j en la palabra *Homoousios*, y escribieron *homojousios*, *semejante en sustancia*, en vez de *la mismo sustancia*. Armáronse disputas sobre esta jota, que ocasianó infinitas persecuciones é hizo correr mucha sangre. San Hilario, con la rectitud y el raciocinio de los pueblos occidentales, admitió ambas espresiones, diciendo que nada podia ser semejante segun la naturaleza que no fuese de la misma naturaleza (24). El arrianismo dividido en varias ramas, eusebiana, semi-arriana, etc., pasó de los Romanos á los Godos; su carácter participaba de fastuoso, de violento y cruel. Arrio, su fundador, era sin embargo un hombre dulce aunque obstinado; sabido es que el antagonista de Arrio fue el famoso Atanasio.

Con Arrio vinieron tambien el siglo IV los reformadores, que atacaron la disciplina de la iglesia y el culto de la Vírgen: por la austeridad de las costumbres llegaban á la depravacion. Cuéntase Helvidio, Bononio, Andeo, Colatho, Joviniano, Prescilio y otros muchos.

El siglo V vió las herejías concentradas en los prelados, y estalló la del violento Nestorio obispo de Constantinopla. Negó la union hipostática, admitiendo no osbtante la encarnacion de Cristo, pero diciendo que no habia salido del seno de la Vírgen. El Oriente se dividió; hubo concilios contra concilios, anatemas contra anatemas, persecuciones, deposiciones y destierros. Despues del concilio de Efeso triunfó el nestorianismo: no tardó Eutiques en combatir á Nestorio y reemplazar un error por otro. El nestorianismo suponia dos personas en Jesucristo; Eutiques, por otro exceso, suponia que las dos naturalezas del Hombre-Dios, la naturaleza humana, y la naturaleza divina, estaban de tal suerte reunidas que no componian sino una sola. Los frailes habian sostenido contra los nestorianos la maternidad de la Vírgen, y se alistaron casi todos bajo las banderas de Eutiques. El imperio de Oriente, cima de todas las herejías, continuó engolfándose en tan deplorables sutilezas. Los patriarcas de Constantinopla adquirieron un poder que les facilitaba disponer de la púrpura. Despues de Eutiques, algunos frailes escitas, en el siglo VI, sentaron por principio que una de las personas de la Trinidad habia padecido: en el siglo VII reinaron otras quimeras: en el VIII Leon Isauriano dió orígen á la secta de los iconoclastas; y finalmente, hácia la mitad del siglo IX se estableció el gran cisma de los Griegos.

El Occidente, asolado por los Bárbaros en el siglo V, dió á luz herejías que trascendian á infortunio; algunos cristianos oprimidos idearon una causa ciega para explicar los padecimientos no merecidos en apariencia: Pelagio, fraile breton que habia viajado mucho, fue el autor de un nuevo sistema, en el que suponia al hombre capaz de llegar al grado supremo de perfeccion por sus propias fuerzas. Desde esta altura estóica, fácil era deslizarse á ese ciego rigor del destino que cae sobre el justo sin abatirle. Arrastrado Pelagio de consecuencia en consecuencia, al paso que aparentaba admitir la eficacia de la gracia, veíase obligado á negar esta necesidad, y á rechazar la fuerza del pecado original que hubiera destruido la posibilidad de la perfeccion sin la gracia. Juliano, obispo de Eclana, sucedió á Pelagio. Los semi-pelagianos engendraron la predestinacion; sostenian que la caida de Adan suspendió el libre albedrío, y que Jesucristo no habia muerto por todos: el resultado era la condenacion eterna y la salvacion eterna forzadas por la presciencia de Dios. Esta herejía duró largo tiempo (25), llegando hasta Gohescala y aun hasta Juan Escoto-Erigenes.

En el sexto, séptimo, octavo y nono siglos la unidad siempre creciente de la Iglesia católica, y la autoridad de Carlo-Magno, disminuyeron las herejías dogmáticas; pero se formaron herejías de imaginacion: tuvieron su orígen en una nueva especie de maravillas dimanadas de los falsos milagros de las vidas de los santos, del poder de las reliquias, y del carácter crédulo y guerrero próximo á crear la edad media. La luz clásica arrojó un rayo que se perdió entre las tinieblas del siglo IX, y produjo una superstícion escusable al menos; un sacerdote de Maguncia probó que Ciceron y Virgilio se habian salvado. El estudio de la Escritura originó discusiones sutiles sobre el nombre de Jesús, la palabra Querubin, el Apocalipsis, los Números aritméticos y el parto de la Vírgen. Tal fue aquella larga cadena de mentiras, locuras ó puerilidades.

Pasemos de las doctrinas á los hombres, del cuadro de las creencias á la pintura de las costumbres, y de la herejía al heresiarca: rara vez acontece que los errores del entendimiento no tuerzan la rectitud del corazon, y que un error no engendre un vicio.

Marco, discípulo de Valentin, seducia á las mujeres pretendiendo comunicarlas el don de la profecía; hacíase amar de ellas apasionadamente, y le seguian por todas partes. Sus discípulos (26) poseian el mismo talisman, y bandadas de mujeres iban tras ellos en las Galias. Llamábanse *perfectos*, y pretendian haber llegado á una virtud indecible. Segun ellos, el dios Sabaoth tenia por hijo á un diablo, de quien Eva habia tenido á Cain y á Abel.

Los Docitos maldecian la union de los sexos, diciendo que el *fruto prohibido* era el matrimonio, y los *vestidos de piel*, la carne que viste al hombre (27).

Los Carpocracianos, discípulos de Carpocrates, sostenian que el alma era todo, que el cuerpo nada era, y que podia hacerse del cuerpo cuanto se quisiese. Epifanio predicaba la misma doctrina, y de aquí vino el que estos heresiarcas restableciesen entre sí la igualdad y la comunidad de la naturaleza. Oraban desnudos, como una prueba de libertad; tenian horror al ayuno; daban banquetes, se bañaban y se perfumaban. Los bienes y las mujeres eran propiedad comun, y cuando recibian huéspedes el marido ofrecia su compañera al extranjero. Concluido el banquete apagaban las luces, y se abismaban en los desórdenes y excesos de que calumniaban á los primeros cristianos; pero disminuian cuanto era posible la generacion, porque siendo el cuerpo infame, no era oportuno reproducirlo (28).

Montano corria el mundo con dos profetisas, Prisca y Maximila: llamábase espíritu-santo, y continuador de los profetas. Las devociones de los Montanistas eran de un rigor excesivo.

Pablo de Samosata se creó una fortuna inmensa con el comercio de sus errores. En las asambleas eclesiásticas se sentaba en un trono, y al hablar al pueblo se golpeaba el muslo con la mano y entonaban cánticos en alabanza suya.

En Africa, en medio de los Donatistas se formaron los Circunceliones, hombres furiosos que robaban las cabañas de los campesinos, aparecian en medio de las poblaciones y de los mercados, ponian en libertad á los esclavos, y abrian las puertas de las cárceles á los presos por deudas. Mataban á los Católicos con palos, que llamaban *israelitas*, y daban principio á sus matanzas cantando: ¡*alabado sea Dios*! A semejanza de algunos discípulos de Platon, dominados por el frenesí del suicidio, dábanse la muerte ó se la hacian dar á precio de dinero. Hombres, mujeres y niños, se arrojaban á precipicios ú hogueras (29).

Muchos concilios, y entre ellos el de Nicea, imponen penas contra los eunucos voluntarios. A imitacion de Orígenes se habia formado una secta entera de aquellos hombres degradados, á quienes llamaban valerianos: mutilaban no solo á sus discípulos, sino tambien á sus huéspedes (30), y acechaban á los extranjeros en los caminos para librarlos de los peligros de la voluptuosidad. Habitaban mas allá del Jordán, á la entrada de la Arabia (31).

Los Gnosticos dividian la especie humana en tres clases; los hombres materiales ó hilicos, los hombres animales ó priquíquicos, y los hombres espirituales ó pneumáticos. Los Gnosticos se subdividian á sí mismos en una multitud de sectas; la de los Ofitas veneraba á la serpiente por haber prestado el mayor servicio á nuestro primer padre, dándole á comer el árbol de la ciencia del bien y del mal. Tenian una serpiente encerrada en una jáula, y el dia que suponian ser el de la seduccion de Eva y de Adan, abrian la puerta al reptil, que se deslizaba sobre una mesa, y se enroscaba á la torta que le presentaban; esta torta era la eucaristía de los Ofitas (32).

Los Gnosticos de otra especie creian que todos eran seres sensibles, y se dejaban casi morir de hambre por temor de herir á una criatura de Dios. Cuando se veian obligados por fin á tomar un poco de alimento, decian al trigo: «No soy yo quien te ha molido, quien te ha amasado, quien te ha puesto en el horno ni cocido.» Rogaban al pan que les perdonase, y lo comian con piedad y remordimientos.

Los Priscilianos, cuya doctrina era una mezcla de la de los Maniqueos y de los Gnosticos, anulaban los matrimonios por odio á la generacion, porque la carne no era obra de Dios sino de los ángeles malos: reuníanse de noche hombres y mujeres, oraban desnudos como los Carpocracianos, y se entregaban á mil

y mil excesos justificados siempre por la vileza del cuerpo (33). España, infestada con esta secta, se convirtió en una escuela de impudicicia.

La Iglesia hacia frente á todas estas herejías; su lucha perpétua nos da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos, de aquellas asambleas de distintos nombres y de todas clases que encontramos desde el nacimiento del Cristianismo. Es cosa prodigiosa la actividad incansable de la comunidad cristiana: ocupada en defenderse de los edictos de los emperadores y de los suplicios, viéndose al propio tiempo obligada á combatir contra sus hijos y sus enemigos domésticos. Tratábase en verdad de la existencia misma de la fe; si no se hubiesen estirpado continuamente las herejías del seno de la Iglesia, por medio de cánones, y no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas en los escritos, los pueblos no hubieran sabido ya á qué religion pertenecian. Rodeado de las sectas, que se hubieran propagado sin obstáculos y ramificándose hasta lo infinito, habríase perdido el principio cristiano en sus numerosas derivaciones, cual se pierde un rio en la multitud de sus canales.

De este análisis resulta que las herejías se impregnaron del espíritu de los siglos en que se sucedieron. Sus consecuencias políticas fueron inmensas: debilitaron y dividieron el mundo romano: los frailes arrianos abrieron la Grecia á los Godos, los Donatistas el Africa á los Vándalos; y para sustraerse á la opresion de los Arrianos, los obispos católicos entregaron la Gália á los Francos. En Oriente el nestorianismo arrojado á la Persia, pasó á las Indias, y fué á unirse al culto de Lama, y á constituir en los altares de un dios extraño la gerarquía y las órdenes monásticas de la Iglesia cristiana y originó tambien la especie de poder problemático y fantástico del Preste-Juan. Por otra parte, una porcion de sectas variadas que proscribia el fanatismo griego, se refugiaron confundidas en Arabia: de la confusion de sus doctrinas, profesadas juntamente en el destierro, y confeccionadas por la imaginacion oriental, salió el mahometismo, herejía judáico-cristiana, en la que el ódio ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los ódios diversos de todas las infidelidades con que se formó la religion del Alcorán.

Mirando las cosas desde mas alto en sus relaciones con la gran familia de las naciones, las herejías no fueron mas que la verdad filosófica, ó la independencia del entendimiento del hombre, negando su adhesion á la idea adoptada. Tomadas en tal sentido, las herejías produjeron efectos saludables; ejercitaron el pensamiento, evitaron la barbarie completa, manteniendo despierta la inteligencia en los siglos rústicos y mas ignorantes, conservaron un derecho natural y sagrado, el derecho de elegir. Siempre habrá herejías, porque el hombre que nace libre, hará siempre elecciones. Aun en el caso de que la herejía repugne á la razon, justifica una de nuestras facultades mas nobles, la de inquirir sin registro y de obrar sin trabas.

TERCERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS PAGANOS.

Un paganismo prolongado é instituciones contrarias á la verdad humana, habian introducido la gangrena en el corazon del mundo romano. El Evangelio podia producir santos aislados, y familias piadosas, caritativas y heróicas; mas no podia estirpar súbitamente un mal arraigado por una civilizacion antinatural. El Cristianismo reformó las costumbres públicas antes de purificar las costumbres privadas; corrigió las leyes, y estableció los dogmas de la moral universal antes de obrar eficazmente sobre la generalidad de los individuos. Así hemos visto la esclavitud, la prostitucion, la exposicion de los recien nacidos, los combates de los gladiadores, prohibidos legalmente por Constantino y sus sucesores (efecto glorioso del encumbramiento del Cristianismo al poder); pero hemos hallado tambien el mismo fondo de corrupcion en el trono. Los emperadores, es cierto, no se hacian ya culpables de aquellas infamias cínicas con que se mancillaron á la faz del sol, como Tiberio, Calígula, Neron, Domiciano, Commodo y Eliogábalo; pero comenzaron los crímenes interiores del palacio, una depravacion secreta, una vida de intrigas, y un sistema en fin que se parecia mas á las córtes modernas: lo único que el Cristianismo pudo hacer al pronto fue obligar á los vicios á ocultarse.

La corrupcion del imperio romano dimanó de tres causas primordiales: el culto, las leyes y las costumbres; y como aquel imperio encerraba en su seno una multitud de naciones situadas en diferentes climas, y que habian llegado á distintos grados de civilizacion, todas estas naciones mezclaban sus corrupciones particulares á la del pueblo dominador; de aquí provino que el Egipto comunicase á Roma sus supersticiones, el Asia su molicie y el Occidente y el Norte de Europa su desprecio á la humanidad.

La sociedad romana hablaba dos lenguas, y se componia de dos genios: la lengua latina y la griega, el genio griego y el latino. La lengua latina se concretaba á una parte de la Italia, á varias colonias africanas, ilirias, dácicas, galas, germánicas y bretonas, mientras que Alejandro habia llevado su lengua materna hasta los confines de la Etiopía y de las Indias: servia de idioma intermedio entre los pueblos que no se entendian, y hablábanla en Roma hasta los esclavos y los que vendian yerbas. El genio griego comunicó á los Romanos la corrupcion intelectual, las sutilezas, la mentira, la vana filosofía, y cuanto menoscaba la sencillez natural; el genio latino entregó á estos mismos Romanos á la corrupcion material, á los excesos de los sentidos, á la licencia, y á la crueldad.

Si pasamos de estas generalidades al exámen particular de la religion, de las leyes, y de las costumbres encontramos á la idolatría perfectamente calculada para autorizar los vicios: el hombre no hacia mas que imitar las acciones de los dioses (1). Júpiter sedujo á una mujer transformándose en lluvia de oro; ¿por qué yo, mísero mortal, no he de hacer otro tanto? (2). Ovidio (y la autoridad es original) no quiere que las doncellas vayan á los templos porque verian allí á cuantas hizo madres Júpiter (3). Las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia (4). En la Armenia, las familias mas ilustres consagraban sus hijas vírgenes aun á aquella diosa (5). Las mujeres de Byblis que no consentian cortarse los cabellos en el luto de Adonis, para lavarse de esta impiedad, tenian que entregarse un dia entero á los extranjeros. El dinero que dimanaba de tan santa mancha, se consagraba á la diosa (6). Las doncellas de la isla de Chipre corrian á la orilla del mar antes de casarse y ganaban con el primero que se presentaba el dinero de su dote (7).

Nada habia mas célebre que el templo de Corinto, que contenia mil ó mil doscientas prostitutas consagradas á la madre de los amores. Aquellas cortesanas eran consultadas y empleadas en los negocios de la república como las vestales (8).

Luciano, en los *Diálogos de los dioses*, censura riéndose las torpezas de la mitología. Juno se queja á Júpiter de que ya no la acaricia desde que ha robado á Ganimedes: Mercurio se burla con Apolo de la aventura de Marte, encadenado por Vulcano en los brazos de Venus y Venus incita á Páris al adulterio, diciéndole: «Helena no es negra, puesto que nació de un cisne; ni grosera, pues estuvo encerrada en la cáscara de un huevo. Tengo dos hijos: el uno hace amable el objeto, y el otro inspira amor; pondré al primero en tus ojos, y al segundo en el corazon de Helena, y te enviaré las Gracias por compañeras juntamente con el Deseo.» Mercurio dice á Pan: «¿Con qué acaricias á las cabras?

Los ladrones, los homicidas y demás tenian sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséname el arte de engañar, y que me crean justo y santo» (9).

Los misterios de Adonis, de Cibeles, de Priapo y de Flora, se representaban en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Veíase á la luz del sol lo que se oculta en las tinieblas, y el sudor del oprobio helaba alguna vez el infame denuedo de los actores (10).

El órden legal, en armonía con el órden religioso, convertia estos desórdenes en costumbres aprobadas. Pensábase sin duda que la ley Escantinia era rigorosa porque exceptuaba tan solo de la prostitucion pública á los *Mancebos de calidad*. Incluíase en el tesoro el tributo que pagaban las prostitutas, y Alejandro Severo aplicó aquel dinero á la reparacion del circo y de los teatros (11).

En una sociedad en que diez millones escasos de hombres, disponian de la libertad de mas de ciento veinte millones de sus semejantes, se concibe la facilidad con que podian satisfacerse los diferentes vicios. La esclavitud era un manantial inagotable de corrupcion: la única definicion legal del esclavo lo decia todo *Non tam vilis quan nullus*: no tan vil como nulo. El señor tenia derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, y este no podia adquirir sino en provecho del señor. Leemos en el libro vigésimo primero del título primero del edicto *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios. . . . . .

«Si desde la venta ha perdido el esclavo algo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa como una mujer que le haya parido un hijo..... si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte, si se ha empleado en combatir contra las fieras en la arena, etc.»

Inmediatamente despues de este título viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados que principia del mismo modo que el de la venta de los esclavos: «Los que venden caballos deben declarar sus defectos, sus vicios ó sus enfermedades, etc.»

Todas las miserias humanas se encierran en aquellos textos que los legistas romanos anunciaban sin sospechar siquiera la abominacion de semejante órden social.

Las crueldades ejercidas con los esclavos horrorizan: ¿rompíase un vaso? mandaban echar en los viveros de peces al criado torpe, cuyo cuerpo iba á engordar las murenas favoritas adornadas con anillos y collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido á un jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre (12). Abandonaban ó mataban á los esclavos enfermos; los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibian el aire sino por una ventanilla estrecha. El dueño de un siervo podia condenarle á las fieras, venderlo á los gladiadores, y obligarle á cometer acciones infames. Los Romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las mujeres destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su dueño, perecian con el culpable todos sus compañeros inocentes. La ley *Petronia*, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino el Piadoso, de Adriano y de Constantino, fueron ineficaces para remediar estos abusos que estirpó el Cristianismo.

El instinto de la crueldad romana se encuentra en las penas aplicables á los crímenes y á los delitos. La ley prescribia el castigo de la cruz (á la que sustituyó la horca) (13), el fuego, la decapitacion, el precipitar á los reos, el ahogamiento en la cárcel, los azotes hasta morir, el entregarlos á las fieras, los trabajos en las minas, el destierro á las islas, y la pérdida de la libertad.

En los primeros tiempos colgaban al culpable, con la cabeza envuelta en un velo, de unos árboles llamados malhadados y maldecidos por la religion, tales como el álamo (14), el aliso y el olmo, reputados como estériles. No se podia dar la muerte sino con la cuchilla, no con el hacha, la espada, el puñal y el palo: la muerte por el veneno ó por la privacion de alimentos permitida al pronto, fue prohibida despues.

Estaban exceptuados del tormento los militares y las personas ilustres ó distinguidas por su virtud; estas trasmitian el privilegio á su posterioridad hasta la tercera generacion. Tambien se sustraian del tormento los hombres libres de estirpe no plebeya, excepto en el caso de ser acusado del crímen de lesa magestad contra el primer gefe del Estado; pero el pavor de los tiranos y la vileza de los jueces, implicaban esta acusacion en todas las causas.

Los tormentos se reducian al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo, á las planchas de hierro candente, á los garfios con que arrastraban (15), y á las garras con que despedazaban. Un mismo hombre podia ser puesto repetidas veces en el tormento: y si varios individuos eran acusados del mismo crímen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas jóven (16).

No bastaban aun estas invenciones horribles de la inhumanidad, y se dejaban el arbitrio del juez (17) los límites de los tormentos. De aquí nació esa arbitraridad de los suplicios, de que he hablado ya anteriormente.

Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio de ellos, y el gobierno confiscaba los esclavos que sobrevivian cuando se habian declarado contra sus señores (18).

Pasemos de esta narracion sucinta de la perversidad de Roma pagana por la religion y las leyes, á la pintura de la corrupcion de las costumbres.

El único pueblo que haya convertido en tiempo alguno el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: unas veces eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices* oriundas de familias nobles (19), que se mataban mútuamente para divertir al populacho mas abyecto ó deleitar á la sociedad mas escogida; otros los prisioneros de guerra á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, por la noche, á la luz de las antorchas y en presencia de cortesanas enteramente desnudas; obligaban á los padres, á los hijos y á los hermanos á degollarse mútuamente para desvanecer el tedio de un Neron, y mejor todavía de un Vespasiano y un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, figuraban en estos juegos de los hombres por una justa igualdad y fraternidad. La muerte quiso aparecer un dia en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas bocas hambrientas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen encontrado felizmente los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de diferentes clases despues del triunfo que Trajano obtuvo contra los Dacios, y diez mil gladiadores sucumbieron en los juegos, que duraron ciento veintitres dias.

La ley romana estendia sus cuidados maternales á